

SUMARIO

La cultura nacional y el saludo á la bandera.—Una visita al ejército ruso, por el Capitán Requena.—*Los cañones alemanes y la guerra balkánica*, traducido por Marqués de Zayas, Teniente Coronel de Estado Mayor.—*El ascenso al generalato*, por El Capitán Subrio Escápula.—*Comentarios sobre las últimas grandes maniobras francesas.*—*Bibliografía.*

BIBLIOTECA

Pliegos 66, 67, 68, y 69 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.

LA CULTURA NACIONAL Y EL SALUDO A LA BANDERA

Transcribimos con el mayor gusto las siguientes líneas escritas por el Excmo. Sr. Teniente General D. Federico Ochando, Capitán General de la séptima Región, y que tomamos del "Defensor de Albacete". Dirigidas al Magisterio, son dignas de ser extendidas por todas partes, como inspiradas en un ardiente patriotismo y en el más puro anhelo de engrandecimiento nacional, que ha de basarse en la cultura, en el trabajo y en la afirmación de la nacionalidad. Dicen así:

Amante de nuestra patria, de su progreso y de su bienestar, soy un convencido de que en España hay que cimentar y desarrollar la instrucción pública por todos los medios posibles, dotando bien las escuelas y exigiendo cultura y moralidad en los maestros para que respondan bien á su misión.

Las escuelas de primera enseñanza en los pueblos y las regimentales del Ejército deben disminuir el analfabetismo hasta ver de terminarlo; pero deben también inculcar á los niños, á los adultos y á los reclutas, el amor á la Patria, el amor y el respeto á la Bandera nacional, que en sus castillos y leones recuerda la unión de los antiguos reinos de Castilla, León y Galicia y que para conmemorarla los adoptó Alfonso VII el Emperador, y en sus colores encarnado y amarillo recuerda la unión de Castilla y el antiguo reino de Aragón en tiempos de los Reyes Católicos.

La bandera representa, pues, la nacionalidad, su independencia, su soberanía y sus libertades consignadas en la Constitución del Estado y en las leyes.

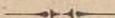
El juramento ante Dios y la promesa ante el Rey que los militares prestamos de seguir constantemente sus Banderas y defenderlas hasta perder la última gota de sangre, y el que prestan los empleados de la administración de justicia y de la administración pública de todos los órde-

nes de España de fidelidad y obediencia al Rey, obligan á todos al saludo á sus banderas que son las de la nación.

La misión del Ejército es la de defender la Patria de enemigos exteriores é interiores y ser el brazo de la ley y el apoyo resuelto del orden, con una disciplina de hierro, para que garantice la paz pública.

Amenlo los ciudadanos y viviremos todos unidos bajo los pliegues de la Bandera nacional, inculcando hábitos de trabajo, de estudio y de amor al progreso patrio en todos los ramos de la Administración, con lo cual conseguiremos el engrandecimiento de España.

Valladolid 11 de octubre de 1912.—Federico Ochando.



UNA VISITA AL EJÉRCITO RUSO (*)

El soldado y los cuarteles

(Conclusión)

En mi visita á los cuarteles he ido siempre acompañado por el Coronel en persona, no obstante mi empleo de Capitán y presentarme completamente solo.

Las oficinas de los cuerpos son grandes, por lo que deduzco que la cuestión burocrática es también en este ejército un sumidero de energías de la laboriosa oficialidad. El adorno preferente de estos locales son los mapas geográficos. Para la clasificación se usa un sistema mixto de cajones y carpetas. Los oficios se escriben en tamaño de pliego entero.

Los patios se utilizan en verano para escuelas de puntería, equitación y gimnasia. En invierno todas estas instrucciones tienen que tener lugar en los dormitorios.

Las compañías se alojan en edificios aislados ó grupos de locales con entera independencia. Además de los dormitorios, existen escuelas, talleres, almacenes, gimnasios, etc., y hasta museos propios para cada compañía. Antiguamente las compañías contaban asimismo con cocina independiente, pero ahora se guisa por batallones ó regimientos.

En los pisos bajos se encuentran las cuadras y almacenes del material. En el cuartel de Zapadores de la Guardia hay un garage para los automóviles de los proyectores y un pequeño taller de montaje y reparaciones.

A la entrada de cada dormitorio, existe junto á la puerta un armarito lleno de chapitas, cada una de las cuales tiene el número de filiación del soldado. Este procedimiento que no es otra cosa que el seguido con los obreros en las fábricas particulares, es muy práctico, pues permite conocer con un simple

(*) Del libro «Una visita al ejército ruso», que empezará á publicarse en enero próximo.

golpe de vista el número de los ausentes. Las patrullas que prestan el servicio de vigilancia por las calles de la población, tienen la obligación de pedir la presentación de la chapa á cuantos soldados encuentran á horas que no sean las reglamentarias de paseo.

En las compañías existen por doquiera filtros y depósitos de agua esterilizada, á fin de prevenir las enfermedades contagiosas. En algunos cuerpos he visto botellas con thé. Estos y otros detalles sirven para darnos idea del estado de higiene de los cuarteles y de lo mucho que se atiende á la salud del soldado.

También por razones de higiene se colocan las camas en el centro de los locales y no junto á las paredes.

* * *

Como ocurre en otros países, existen en este ejército los modelos más diversos de armarios mochileros. Hay cuarteles, donde [el soldado guarda las prendas en cofrecitos de su propiedad. En otros cuerpos reina completa uniformidad y se aprovecha la parte exterior de la puerta del armario mochilero para poner en ella cuantos datos puedan servir para dar mejor idea de las circunstancias militares del individuo, tales como talla, peso, premios, resultado de los concursos de tiro, etc.

Tampoco para los fusiles hay un tipo único de armero, pues mientras en unos cuarteles existen, en los mismos dormitorios, armarios con este objeto, en algunos cuerpos está el armamento en locales especiales, puesto con el mayor gusto y orden. Según costumbre tradicional de este ejército, el fusil está siempre con la bayoneta armada.

Las paredes de los locales de las compañías se encuentran llenas de cuadros militares, retratos, mapas y refranes. Existen máximas muy interesantes, y no puedo menos de poner á continuación la traducción de algunas de ellas:

“No te importe nunca exponer tu vida por salvar la de un compañero.”

“Las casas nunca vienen mal, sino que pueden presentar más ó menos obstáculos.”

“Ante las penalidades de la guerra, piensa que tal vez sean mayores las del enemigo.”

“El mejor medio de defensa es atacar.”

“Nunca se puede hablar de una situación de la que no fuese posible salir con honor.”

En todo local están en lugar preferente el retrato del Zar y el de la familia imperial. Tampoco falta en un ángulo una imagen religiosa con su lamparilla. También se tolera que el soldado tenga junto á su cama los cuadros de santos de su mayor devoción.

Los calabozos de cuerpo se encuentran en un edificio aislado. En el interior se echa desde luego de ver mucha higiene y aseo. La habitación de la

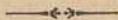
guardia está separada de las prisiones por fuerte enrejado con pinchos hacia afuera, como en los conventos de religiosas. El sistema de calabozos es el celular, con pasillo central. En las puertas hay ventanillas para la vigilancia. Por la mirilla, el coronel que me acompañaba habló con uno de los reclusos, quien se incorporó rígidamente y manifestó que no tenía descontento alguno. A la salida nos formó la guardia. En el cuarto del sargento hay una enorme caja de hierro, sujeta al suelo con fuertes cadenas. Me dijeron que era la caja de caudales del regimiento.

Las cocinas y los comederos están en los pisos bajos. Las ollas tienen calefacción por vapor de agua. En sitio visible está expuesta una pizarra con las listas de las comidas del día. El "schí" y la "cáscha" son los platos de rigor. El primero es una sopa de col agria, que agrada mucho al pueblo ruso y que viene á ser como plato nacional. El segundo es parecido á nuestro arroz, si bien está confeccionado con otro cereal. Las despensas están muy bien provistas y encierran víveres para muchos días. La confección de comidas está á cargo de personal especial, que depende de la comisión de cocina, en cuyo servicio turna la oficialidad. En todas las cocinas hay además grandes aparatos para preparar el agua caliente necesaria para la confección del thé. El soldado ruso no puede vivir sin thé, que prepara por sí mismo, con agua hirviendo que recoge en la cocina. En los cuarteles modernos, estos hervidores están en las mismas compañías.

Al lado de las cocinas suelen encontrarse las panaderías. Los cuerpos se confeccionan ellos mismos el pan, con harina que facilita la administración militar. Los hornos nada ofrecen de particular y el amasado se hace mecánicamente en algunos cuarteles. El pan resulta de muy buena calidad, no obstante su color negruzco y no muy agradable aspecto. En las panaderías regimientales se hacen también galletas tostadas, que se toman con el thé.

Me enseñaron muchos más locales y accesorios del cuartel, que sería prolijo enumerar aquí. Las enfermerías parecen verdaderos hospitales, en pequeño. Cuentan, por lo general, con varias salas para enfermos, todas ellas perfectamente instaladas, cuartos de reconocimientos, botiquín, comedor, despacho del médico, cuarto de sanitarios, etc. En algunas enfermerías tienen hasta sala de operaciones quirúrgicas.

CAPITAN REQUENA



LOS CAÑONES ALEMANES Y LA GUERRA BALKÁNICA

Cuando fueron conocidas las primeras noticias de la derrota del ejército turco, se levantó un clamoreo de triunfo en la prensa extranjera enemiga de Alemania, como si la victoria hubiera de atribuirse á la superioridad del material de artillería francés, empleado por los Estados Balkánicos, sobre los cañones Krupp de los turcos. Hasta un general de artillería francés, que reciente-

mente ha marchado al teatro de operaciones para estudiar la guerra, y que se llama á sí mismo *uno de los padres de los métodos estratégicos y del material de artillería adoptados por los franceses*, ha tenido el mal gusto de considerar la guerra como un *duelo franco-alemán*.

En contra de estas opiniones, tan singulares, por no decir otra cosa, se han producido una serie de periódicos alemanes y extranjeros, aun franceses é ingleses, y vale la pena de determinar, con el apoyo de las informaciones de testigos autorizados, las causas del fracaso de la artillería turca, descubriendo al propio tiempo cuál es la verdadera finalidad de esas cacareadas ventajas del material de artillería francés sobre el alemán.

El material de artillería de todos los Estados, desde la adopción general del cañón de tiro rápido, es mucho más complicado que antes. El manejo del cierre, la vigilancia de la pieza, el empleo del delicado aparato de puntería y el servicio de municiones sólo pueden ser ejecutados técnicamente por un personal que tenga sólida instrucción. Y ésta es precisamente la que falta. A pesar de los apremiantes consejos de los instructores alemanes, casi nunca se hicieron en la artillería turca prácticas de tiro con municiones de guerra. La tropa no ha sabido sacar partido de las cualidades del cañón y ejecutó los fuegos con mala puntería y sin observar regla alguna, y así lo confirma el *Matin* del 24 de octubre: "Mais contrairement a ce qu'on attendait, leur tir fut singulierment irrégulier; on eut dit que les Turcs ne parvenaient a le régler." Artilleros turcos prisioneros confesaron que no conocían el manejo de sus cañones. (*Temps* del 2 de noviembre).

Agréguese á esta falta de instrucción la incapacidad del mando para emplear la artillería en las posiciones convenientes. *Neue Freie Presse* (Viena, 6 de noviembre) informa: "Los sirvientes de los buenos cañones Krupp de los turcos, puestos á las órdenes de oficiales del tren y situados con frecuencia muy á retaguardia de la línea de fuego, esperaban pasiva é inútilmente la orden para entrar en combate."

También parece haberse descuidado completamente el municionamiento. En el *Daily Chronicle*, del 5 de noviembre, se dice: "La artillería turca ha estado desde el principio muy mal dotada de municiones, y las que tenía fueron todas consumidas en el combate de primera hora.

Este mismo periódico, en su número del 6 de noviembre, cita un caso muy notable del descuido en el aprovisionamiento de las baterías: "Junto á varios cañones destruidos y abandonados se veían arzones llenos de cartuchos de maniobras. Y ésta es la mejor prueba del barullo desesperante que reinaba en el cuartel general turco. ¿No da lugar á reflexiones esta fatal negligencia?"

De todos los relatos técnicos de la guerra, algunos de los cuales acabamos de extractar, se deduce sin género de duda que el fracaso de la artillería turca sólo puede atribuirse á la falta de preparación para la guerra ó á las deficiencias de instrucción y al pésimo empleo del material. La carencia de instrucción se ha hecho también muy perceptible en la infantería, pues el co-

responsal del *Daily Chronicle* escribía en el número 5 de noviembre: "He presenciado cómo los reservistas no sabían manejar el cerrojo del fusil Maüser, los anatolianos no habían visto nunca un fusil de este sistema, y los hacían cargar á sus oficiales ó á los compañeros mejor instruidos. De esta manera, aún cuando tuvieran municiones, no producía su fuego efecto alguno. "El soldado turco tira muy mal, porque no utiliza el alza, ni sabe leer las cifras de alcances de su tablilla", informan al *Frankfurter Zeitung* desde Sofía con fecha 3 de noviembre.

Testigo de calidad es también el general de Lacroix que escribe en *Le Temps* del 5 de noviembre: "Toutefois il convient de reconnaître que l'insuffisance du commandement turc a fait la partie belle à l'armée bulgare. Le soldat lui-même, ce soldat de Plewna, si tenace, si brave, a menti à toutes les traditions du passé. Il est vrai qu'il n'en est pas responsable. Une pareille dégénérescence ne pouvait être soupçonné, mais les faits sont là qui parlent et font éclater la vérité."

Es un grave error el pretender involucrar el material de artillería en las informaciones, sobre el efecto total de esta arma y su influencia en el curso del combate. En el empleo de grandes masas de artillería deben tenerse en cuenta primordialmente las consideraciones tácticas, el despliegue oportuno en la posición conveniente, la técnica del tiro, el manejo rápido y concienzudo del material y la reglamentación del municionamiento..

También es imposible la comparación general del material procedente de fábricas alemanas y francesas, porque no se sabe qué sistemas de cañones han estado opuestos en los diferentes combates. Los búlgaros poseen, por ejemplo, además de sus cañones de campaña, de Schneider, piezas de montaña de fabricación reciente y modelos antiguos de 7,5 cm. y de 8,7 cm. de Krupp. Según informes de la prensa francesa tienen delante Adrianópolis obuses de 12 cm. y cañones de 12 y 14 cm, todos de Krupp. Hay que añadir además que el corresponsal de la "Gaceta de Colonia" escribe en 8 de noviembre desde Stara Zagora: "En todos los círculos militares se elogia el excelente efecto de los proyectiles de la artillería búlgara que ha suministrado Krupp."

Los esfuerzos de los franceses para deducir de los combates hasta ahora efectuados conclusiones favorables á su material de artillería, no son otra cosa que reclamos poco escrupulosos, que son ya conocidos y rechazados también en el extranjero. La *Gazette de Lausanne* que simpatiza siempre con los franceses, dijo en 31 de octubre: "Les journaux français parlent d'une victoire du canon du Creusot sur le canon Krupp; c'est une plaisanterie. Le canon Krupp n'a pas la faculté de prendre par lui-même sa direction et sa hausse."

También en Bélgica, que posee cañones Krupp, se refutan los ataques contra este material, y el corresponsal de la *Etoile belge* los califica abiertamente como una maniobra de la prensa pagada por el Creusot. Terminare-

mos esta colección de recortes de periódicos extranjeros con las manifestaciones de un oficial búlgaro, publicadas en un diario londinés.

Se burla de las intenciones de los franceses de atribuir las victorias búlgaras á los métodos y al armamento franceses, vanagloriándose así del triunfo de Francia sobre el arte de la guerra alemán, y observa sobre el primer punto que es muy reducido el número de los oficiales búlgaros educados en las escuelas militares francesas, siendo sólo de comandante la mayor categoría de los que han practicado en cuerpos franceses, prescindiendo de tres ó cuatro oficiales que estuvieron agregados á los centros directivos. Y dice sobre la cuestión de la artillería:

“La mayor parte de las gentes ignoran que una mitad de los cañones búlgaros proceden de la fábrica de Krupp, y hay que dudar si los cañones Schneider en manos tuercas hubieran sido de alguna eficacia. En Francia se olvidan además que la adquisición por Bulgaria de estos cañones Schneider fué una condición obligada de ciertos empréstitos, y vale más no hablar del precio que tuvimos que pagar por tales cañones.”

(Del *Militär Wochenblatt*)

Traducido por
MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor

EL ASCENSO AL GENERALATO

El problema del generalato es tal vez el más importante de todos los relacionados con la organización y eficacia del ejército: con un buen cuadro de generales, cualquier ejército no tardará en ponerse á envidiable altura; mientras que si aquel es deficiente por cualquier concepto, se estrellarán cuantos esfuerzos se hagan por mejorar las instituciones armadas.

Ciertamente, la materia es demasiado seria para ser tratada á la ligera y en pocas líneas; pero cuando hasta un obispo se cree autorizado para emitir rotundamente su opinión, no parece que esté de más que le dedique yo también algunos párrafos.

Según cómo se plantee el problema, se llega á conclusiones diferentes y aun contradictorias. ¿Lo esencial, es atender á las conveniencias é intereses particulares de las armas y personales de los coroneles, jefes y oficiales? Pues, entonces, sigamos aplicando la proporcionalidad y aumentemos el número de generales, aunque la mitad de ellos queden sin destino ni aplicación. No me ocuparé de esta hipótesis, que tiene algo de lotería y muy poco de militar. Por el contrario ¿se desea satisfacer las necesidades del ejército? Siendo así, discurremos un momento.

Ante todo ¿forman parte realmente del ejército y desempeñan funcio-

nes exclusivamente militares, y sujetas á las autoridades de este nombre, los cuerpos de Carabineros, Guardia Civil y Alabarderos? La respuesta no es dudosa; pero, si lo fuera, bastaría reflexionar sobre si el mando de una Comandancia ó tercio pone en condiciones para asumir la dirección de una brigada, división ó cuerpo de ejército; porque el uniforme no puede apartarse del ejército, pero no basta el uniforme para formar parte integrante de él, en lo que atañe á las operaciones de la guerra. Las armas y servicios auxiliares son infantería, caballería, etc., pero en modo alguno Guardia Civil y Carabineros. Sin éstos ó sin guardias civiles, continuaría funcionando exactamente lo mismo que ahora un ejército cualquiera, tanto en paz como en guerra; pero no, sin infantería, ó sin caballería, etc. Por consiguiente, hay que descartar de la cuestión del generalato los tres cuerpos é institutos mencionados. Claro es que nunca faltan argumentos para sostener todas las tesis, aun las más descabelladas; no obstante, la conciencia íntima de cada cual no podrá menos de reconocer la evidencia de lo que afirmo.

No quiere esto decir, ni mucho menos, que pretendamos se ponga una valla infranqueable á los Coroneles de la Guardia Civil, Carabineros y Alabarderos. Ello sería injusto. Las direcciones de aquellos institutos tienen como secretarios Generales de Brigada que *deberían* proceder de los cuerpos respectivos; y si se quería que los Coroneles no quedaran perjudicados ó en peores condiciones que sus compañeros del ejército, se podrían crear dos, tres ó más subdirecciones á cargo de generales de los Cuerpos. Una cosa análoga cabría en Alabarderos, reservando á los Coroneles alguna plaza de General Ayudante ó Secretario de S. M., ú otro destino análogo.

Con ello, sin menoscabo de los intereses de las tres corporaciones quedaría reducida la cuestión del generalato al ejército verdadero: estado mayor, infantería, caballería, artillería, ingenieros.

Un general, lo dice la palabra, debe tener capacidad y hallarse en estado de dirigir tropas de todas las armas; en teoría, desde el momento en que se substituyen las estrellas por el entorchado, cualquier militar es apto para mandar un brigada de infantería ó caballería, encargarse de una Jefatura de Estado Mayor ó asumir la dirección de una Comandancia General de Artillería ó Ingenieros. ¡Qué hermosa teoría, pero cuán distante de la realidad! ¿Habrà quien sostenga, en efecto, que un coronel de infantería promovido á general de brigada tendrá la aptitud suficiente para mandar dos regimientos de caballería? ¿Podrá, á su vez, un general de caballería ponerse al frente de una Comandancia General de Artillería ó de Ingenieros, ó un general de estas armas encargarse de la Jefatura de un Estado Mayor de Cuerpo de Ejército?

Se dirá, claro es, que hace años que los generales de infantería, caballería..... desempeñan cargos de Jefe de Estado Mayor, sin que el servi-

cio se resienta, lo cual es verdad á medias; porque ese servicio de Estado Mayor, tal como aquí lo entendemos, ni es tal servicio, ni existe en esa forma en ninguna parte. No dirige la instrucción de las tropas, ni la organización, ni la preparación—en el más amplio sentido del vocablo—para la guerra; viene á ser poco más que un organismo ejecutor de órdenes, á las que da forma adecuada, es decir, algo menos de la Adjutantur alemana, y en estas condiciones, y con mucho personal técnico detrás, se sale del paso sin dificultad. Insisto, sin embargo, en que la llamada aquí Jefatura de un Estado Mayor, es sin disputa el cargo más difícil de todos los del ejército, aunque á nosotros no nos lo parezca, por la sencilla razón de que no lo conocemos, ni ponemos al cuerpo de Estado Mayor en sus verdaderos terreno y funciones.

Si en nuestro ejército fueran corrientes y punto menos que diarias las prácticas y ejercicios combinados de tropas de todas las armas, sería posible que los Coroneles aprendiesen á manejar y servirse de las fuerzas ajenas á su mando inmediato, y que llegasen á generales con aptitudes para desempeñar cualquiera de los variadísimos y difíciles cometidos del alto mando. Desgraciadamente no ocurre nada de eso; el coronel de un arma ó cuerpo conoce de oídas y de verlos por la calle á las demás armas y cuerpos, y siendo así ¿se pretenderá que de buenas á primeras, hallándose en una edad impropia para aprender y asimilarse lo que no conoce, vaya á practicar lo que nunca ha hecho é imponga su criterio á los que saben mucho más que él en cada especialidad? Tan cierto es ello, que salvo la excepción de las Jefaturas de Estado Mayor, excepción que queda explicada, no encontramos al frente de brigadas de infantería más que generales procedentes de infantería, y así en los demás destinos. De esta suerte, con un arsenal de argumentos en el bolsillo se discutirá lo que se quiera, se afirmará que un general no es particular ó especial de su arma ó cuerpo, pero en la esfera real, en la de los hechos, ante los qué de nada sirven ni valen las frases ni las habilidades de polemista, todos estamos conformes en que un general no sirve para todo, sino únicamente para ejercer el papel que ha aprendido dentro de su arma. Solo cuando lleva varios años de general y ha ensanchado poco á poco su campo de actividad, es cuando comienza á capacitarse para las funciones del generalato, que en nuestro país no empieza realmente hasta que se alcanza el empleo de general de división.

Pero no es mi ánimo defender la especialidad dentro de la categoría de General de Brigada, aunque declaro que la conceptúo, más que conveniente, necesaria; lo que me mueve á coger la pluma es otra consideración mucho más interesante.

Si una persona ajena á la profesión examina el Anuario, no puede menos de quedar muy sorprendida viendo que carecen de destinos un gran número de generales, lo cual le inducirá á creer que las plantillas son exce-

sivas y que sobran generales; pero su sorpresa subirá de punto, hasta el extremo de parecerle la cosa inverosímil, si se le dice que para los efectos del ascenso se consideran plazas de general varios servicios que se cubren con coroneles. De suerte que para uno de esos destinos aludidos, el Estado satisface dos sueldos: uno á un general, que queda de cuartel, y otro á un coronel, que es el que efectivamente desempeña el cargo y que supone un aumento de la plantilla de su clase. Se querrá explicarle esa anomalía diciéndole que no se dá el destino al general, sino á un coronel, porque aquél no posee la competencia necesaria para ejercerlo, pero, al oír esto, es seguro que nuestro interlocutor crea que nos burlamos de él, porque ni á él ni á nadie se le pueda ocurrir que para cubrir el puesto A se ascienda á general á un coronel y al mismo tiempo se le niegue aptitud para desempeñar el cargo que lleva anejo la vacante, acudiéndose á otro coronel para que, en comisión, llene las veces de aquel general.

El dilema es evidente y no tiene vuelta de hoja, como vulgarmente se dice: si el general recién promovido no tiene competencia para el puesto que ha motivado su ascenso, no debe ascendersele; y si la tiene, debe ocupar aquel cargo; y no otro coronel en comisión. Esto es lo que dicta el sentido común. Será menester entrar en prolijas explicaciones sobre la perecuación, la proporcionalidad, el tanto por ciento, etc., para que el profano se dé cuenta de la anomalía en cuestión; aunque parece preferible omitir toda explicación, para evitar que nuestro asombrado oyente vaya á creer que el único objeto del generalato sea repartir unas cuantas prebendas equitativamente entre los coroneles. Si, no obstante, se le explica todo esto, los pasmados seremos nosotros cuando nos pregunte el personaje más ó menos imaginario: y ¿porqué no se reparten, también equitativamente y proporcionalmente, los puestos de coronel entre los tenientes coroneles, las plazas de teniente coronel entre los comandantes, etc., etc?

O la organización obedece á las necesidades del servicio ó ha de basarse exclusivamente en consideraciones de carácter personal. No diré—porque no hace falta—cuál de los dos métodos debe prevalecer; pero si concluiré manifestando que si se acepta el primero, no puede seguir subsistiendo el sistema actual; y si se admite el segundo, hay que llevar la perecuación á todas las escalas. Todo, menos satisfacer dos sueldos por un solo destino, y permitir que haya generales en la desairada situación de hallarse de cuartel por creérseles incompetentes para desempeñar ciertos destinos. Con cualquiera de ambos principios, aplicado con todo rigor, cesaría la contradanza que lleva consigo ahora cualquier ascenso, motivada por el hecho de que para un mando propio de infantería asciende á general un coronel de artillería, y para un destino de ingenieros asciende un coronel de caballería; claro es que los promovidos no cubren las vacantes directas, y ello ocasiona lo que llamamos “combinación de cargos ó destinos”, tan inconveniente en los altos mandos.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

COMENTARIOS SOBRE LAS ÚLTIMAS GRANDES MANIOBRAS FRANCESAS

Las grandes maniobras que acaban de tener lugar en Poitou y Turena han sido particularmente interesantes y llenas de enseñanzas. Han confirmado al país en la benévola simpatía que le inspira el soldado. Se ha presentado una vez ocasión para aplicar el refrán clásico sobre la resistencia de nuestro pequeño soldado, sobre sus cualidades y casi sus virtudes. Apenas se cansaba de oír elogiar la justicia de Aristides, y nosotros no nos cansamos de celebrar los méritos de aquellos de nuestros hijos que sirven bajo las banderas. Nos complacemos en ello.

Este año, la temperatura ha sido muy agradable. No ha hecho calor; apenas el sol se ha mostrado dos veces, principalmente en la última sesión. Algunas ligeras rociadas han quitado el polvo, sin formar barro. Por otra parte, el teatro de operaciones no presentaba desniveles excesivos. Los caminos eran buenos, y han sido pocos los campos que ha habido que atravesar. En conjunto, las poblaciones han acogido bien á la tropa.

Estas condiciones eminentemente favorables han facilitado mucho las marchas y permitido á la infantería cubrir en poco tiempo un número considerable de kilómetros. Hay que reconocer que ha desempeñado bien este tarea; ha dejado menos rezagados que otras veces; el orden en las filas se ha conservado bien; la actitud bajo las armas han sido satisfactoria. En resumen, los observadores han quedado satisfechos.

Si ha marchado mucho, y ha marchado bien, casi no ha hecho otra cosa que marchar. Ha visto poco al enemigo, aunque éste no se ha ocultado. El infante quiere ver, y para ver se descubre. También quiere tirar, y la esperanza y el deseo de tirar es lo que le hace mover las piernas. Si no se le da ocasión ó si se le niega la autorización de hacer hablar á la pólvora, se le pone en el caso de un niño al que se le quitan los postres; le parece que no recibe la recompensa que se le debe. Sufre aquella especie de pena que Moisés experimentó sin duda al llegar á la vista de la tierra prometida, y saber que no podría poner el pié en ella.

Hay en eso un estado de ánimo que no siempre se aprecia bien. Se ha podido reprochar á los tiradores, este año también, que formaban cadenas densas, que estaban de pié, que hacían fuego por encima de dos ó tres líneas de tiradores situados delante. ¡Sí! Pero había que dejarles divertir un poco como premio de los esfuerzos que habían sabido desplegar. Napoleón estimulaba á los murmuradores reservando las condecoraciones y los galones á los que llegaban al campo de batalla y tomaban parté en la acción. ¡Tomar parte en la acción! Tal es el atractivo que se hace brillar á los ojos de los soldados. Se esfuerza en desarrollar en él el espíritu de ofensiva. Y, por una singular contradicción, se quisiera que se contentara con tragarse kilómetros.

De los seis días de maniobras, hubo dos (el primero de cada periodo) en

que no se disparó un tiro. El segundo día de cada periodo, apenas si el décimo de los efectivos desplegó en primera línea. Ciertos regimientos no han sido empeñados. Y en los regimientos que lo fueron, muchos hombres no pudieron disparar un solo tiro. Los seis días han consistido pues, para una gran parte de las tropas, en paseos militares, más penosos que las marchas de prueba, con la agravante de marchar á campo traviesa y con la de que, en lugar de regresar al cuartel, donde el soldado recobra sus costumbres, se llegaba á menudo tarde á acantonamientos desconocidos, en donde había que instalarse bien ó mal, no sin tener á veces que vencer verdaderas dificultades.

En estas condiciones ¿no se puede ser indulgente con las infracciones á los reglamentos? Si el soldado olvida ocultarse en el terreno, tomar los intervalos, apuntar con cuidado, en su prisa por hacer fuego á su vez, si no se conforma estrictamente á las prescripciones oficiales ¿hay que recriminarlo? ¿Ha de concluirse que no está bien instruido?

Todos saben que no se pasan los puentes como en Arcole, que no se puede echar masas de hombres formando ariete contra fusiles de tiro rápido bien abrigados. Y la idea de presentarse los generales á caballo á la cabeza de sus brigadas ó divisiones para forzar el paso, no volverá ya. Se tratará de lanzar pequeños grupos en las embarcaciones que se encuentren; se procurará atravesar á nado el río, se tanteará la orilla opuesta, se estudiarán las desembarcadas. No se permanecerá en formaciones compactas, ni se recurrirá al: ¡“Para desfilar, en columna cerrada,„! Y sin embargo, esto es lo que han visto el Vienne y el Creuse.

No nos indignemos demasiado, ya que no nos llama la atención que se cuelgue á través de una calle un cordel con un cartelito de cartón diciendo “barricada“, trabajo largo y penoso que exige el empleo de materiales tomados á veces muy lejos. ¡Barricadas! ¡Cuántos regimientos no ha construido una jamás! Y cuando la ocasión se presenta para hacer una, se renuncia á hacerla; se limita á colocar un cartelito, á menos que se depositen algunos haces de leña ó se atravesie una carreta en la calle, para indicar que está cortada.

¿Porqué mostrarse indulgente con esta ficción y al mismo tiempo severo con aquella otra ficción? Acaso fuera mejor obrar al contrario. Porque el soldado ha aprendido las enseñanzas del tirador, conoce este oficio, y si no observa las reglas es porque no quiere, sabiendo que se doblegará á ellas el día que convenga. En compensación ignora cómo se traza una barricada, el perfil que ha de dársele, cómo ha de servirse de los recursos locales para encontrar los elementos necesarios, qué duración tendrá el trabajo. Y, el día en que tenga necesidad de poner un pueblo en estado de defensa, estará en el embarzo más completo.

Es prudente no exaltar tanto las cualidades del soldado, y al mismo tiempo no criticar la insuficiencia de su preparación para la guerra. Demos á nuestros juicios una cierta medida. No englobemos en un elogio sumario ó en una

censura categórica lo que requiere apreciaciones ponderadas y medidas. Nos gustan los extremos: todo ó nada, bien ó mal. Hay términos medios, y á menudo en ellos se encuentra la verdad.

Lo mismo puede decirse del mando. Si la tropa ha despertado una admiración exagerada ó unas censuras excesivas, la misma disparidad de opiniones ha habido en lo que concierne á la dirección de las maniobras. Los unos declaran que nos hemos mantenido en los moldes tradicionales de la rutina; los otros afirman que acaba de abrirse una era nueva.

Entre estos alegatos contradictorios ¿dónde está la verdad?

No hay duda que la voluntad del generalísimo era hacer sobre todo labor útil, verdadera preparación para la guerra. Con este objeto ha procurado que el secreto de los temas fuese completo, para que los jefes de partido quedaran de pronto frente á problemas á resolver y que sus estados mayores tuviesen que desempeñar sus cometidos en condiciones iguales á las que se presentarán en campaña. Ha separado todo lo que no era más que parada, y ni siquiera en honor del Presidente de la República ha querido introducir en la marcha de las operaciones nada que tuviera por objeto dar lugar á un espectáculo en detrimento de la instrucción militar. Esta ha sido su preocupación principal, si no exclusiva.

¿Quiere ésto decir que haya conseguido, desde el primer momento, dar una orientación nueva á las costumbres del ejército? Sería exagerado pretenderlo. Y, también, sería presuntuoso esperarle. Mucho es haberlo intentado. Y hay que desear que la reforma intentada no se abandone; parece haber sido bien acogida, y merecía serlo.

El Jefe del Estado ha debido correr detrás de las tropas, en lugar de ver, desde lo alto de un observatorio hábilmente elegido, cómo se estrellaban á sus piés las olas de asalto. El público no ha podido contemplar más que episodios fragmentarios, en lugar de regalarse con un espectáculo de conjunto. Ha quedado un poco chasqueado, pero no se ha quejado. El acceso al terreno estaba severamente prohibido á los automovilistas [que no tenían una autorización especial; ninguna reclamación ha habido contra esta medida draconiana.

Todo parece pues indicar que el país comprende, como el ejército, la necesidad de dar á las grandes maniobras un carácter más serio y más militar que en lo pasado. Y se tiene derecho á esperar que á medida que pase el tiempo, más nos esforcemos en sacar un rendimiento útil de los gastos considerables ocasionados por estos ejercicios.

Una de las cuestiones que se presentarán, en el porvenir, es la de saber si deben proseguir las operaciones hasta su pleno desarrollo, sin discontinuidades. Se sabe que se había admitido el principio de no interrumpirlas; y se sabe también que ese principio había sido más ó menos violado, aunque no fuera más que por la prohibición de ejecutar ataques de noche, sin autorización especial. De hecho, tenían lugar numerosas treguas: las unas tácitas, las

otras prescritas por el mismo director de las maniobras ó por los árbitros.

Estas causas en la acción son tan inevitables como sensibles. Las tropas no pueden quedar más de cuarenta horas en aquella tensión. En vano se invoca el recuerdo de las grandes batallas de la Manchuria, que duraron varios días. No hay nada de común entre la inmovilidad de adversarios que se encuentran frente á frente y la actividad que despliegan los enemigos en unas maniobras. No se trata para éstos de hipnotizar al adversario y permanecer una semana en el mismo terreno, en el mismo agujero. No se hace más que marchar. La exaltación del espíritu de ofensiva, que es la consigna dada á nuestro ejército, tiene por efecto necesario el empujar á todo el mundo adelante. Desde el momento que "vencer es avanzar", es natural que se considere falta el eternizarse en el mismo sitio.

Pero si es imposible no dejar á los beligerantes el tiempo que necesitan para respirar y reponerse, puesto que se exige de ellos un gasto de fuerzas y de nervios que la guerra no les impondría, ha de elegirse entre dos soluciones: suspender las operaciones á horas determinadas, conocidas de antemano, ó dejarse guiar por las circunstancias para conceder el descanso necesario en el momento oportuno.

El primer sistema ha sido empleado durante mucho tiempo. Tiene en su contra el no responder á las realidades de la guerra. En campaña no se sabe nunca de antemano si habrá que batirse tres días seguidos, que al tercer día la lucha cesará antes de mediodía, porque habrá entonces un gran banquete en un Moncontour cualquiera; que habrá descanso al otro día, y que enseguida se tendrán otros tres días consecutivos de combate. Si, además, se determina que la batalla acabará obligatoriamente á tal hora fijada de antemano, para no reanudarla hasta el día siguiente á tal otra hora, no menos exactamente fijada, resultará el falseamiento del ambiente en el cual deben desarrollarse las operaciones.

He aquí por qué se ha aceptado el sistema de las suspensiones de armas pronunciadas por sentencia arbitral en un momento imprevisto.

Seguramente es un progreso. Pero sería menester que la hora de la tregua fuese elegida con discernimiento. La desgracia ha querido que sobreviniera en el momento más interesante casi siempre. Es el procedimiento empleado en los folletines para agujonear la impaciencia y la curiosidad del lector; cuando quisiera saber de quién era aquella mano, la astucia del autor le dice que lo sabrá "el próximo número".

Lo que es bueno para un periódico, no conviene cuando se trata de hacer labor útil para la enseñanza. Al contrario, cuando se produce un caso anormal, cuando es embarazosa una situación, importa llevar las cosas hasta su desenlace. Así, cuando se tiene la suerte de que un jefe de partido se deje capturar, hay una ocasión excelente é inesperada para ver cómo se transmite el mando. Sin duda, los oficiales de su cuartel general sacarán el revólver y harán uso de esta arma; tratarán de escapar, y tal vez alguno de ellos lo con-

siga, y lleve la noticia de la decapitación del ejército. Será menester que sin tardanza una nueva cabeza se ponga al frente del cuerpo acéfalo. Será menester que surja un nuevo jefe, con todo un estado mayor, y que tome acto seguido la dirección de los negocios comprometidos por la brusca desaparición de su predecesor.

¡Qué desgracia el haber dejado escapar tan buena coyuntura y no haber sacado de ella todo el partido posible! “Tenían un volcán y lo han dejado extinguir”, escribía con melancolía é indignación el subprefecto Edmundo Gondinet. Con el mismo sentimiento de pena y de irritación hemos visto caer el telón sobre ese episodio, cuyas peripecias seguíamos con palpitante atención.

De un modo análogo, se ha visto una marcha de una brigada de cazadores á pie que sorprendía á una división de infantería, y se preguntaba si la marcha forzada que acababa de hacer la habría puesto fuera de estado para combatir; se preguntaba también qué disposiciones tomaría la división amenazada, si continuaría su camino despreciando al adversario, si se detendría para hacerle frente, si se limitaría á destacar la fuerza mínima estrictamente indispensable para inmóvilizarle y continuar su camino con las demás, para llenar la misión que se le había señalado. Se preguntaba todo esto, y se esperaba con ansiedad que los sucesos diesen respuestas á estas preguntas...

¡Ay! precisamente en aquellos instantes de emoción se interrumpieron las operaciones, es decir, inoportunamente. Sin duda los árbitros no sabían qué decisión tomar, é imitaron á aquellos que echan una mancha de tinta sobre las palabras cuya ortografía desconocen.

De un modo general, parece que el servicio de árbitros ha fracasado, una vez más, en el curso de las últimas maniobras, á pesar del número, de la calidad, de la autoridad y de la competencia de los oficiales encargados de pronunciar las sentencias. Este fiasco indica, sin duda, algún vicio constitucional secreto, y hay motivo para pensar que un día ú otro se renunciará á esos molestos intermediarios, cuya intervención turba tanto la marcha del combate, precisamente cuando más se esmeran en poner orden. La artillería ha renunciado á emplear puestos de observación para sus escuelas de fuego. No verifica ya la inspección de sus tiros. ¿Por qué continúa la inspección de las operaciones, ya que se efectúa de un modo ilusorio y perjudicial?

Estas reflexiones no son las únicas que sugieren las maniobras de 1912. Están llenas de enseñanzas; pero no es posible abstraerse al deseo de expresar la substancia en una rápida conversación, como la presente. Basta que se sepa, que, bajo la dirección del general Joffre, se ha hecho mucha labor útil y que han aparecido este año felices innovaciones. Los años sucesivos permitirán llevarlas á feliz término. Por lo menos, así debemos esperar, y, en todo caso, lo deseamos de todo corazón.

(Del *Journal des Sciences Militaires*)



BIBLIOGRAFIA

Les principes de la tactique, par Armand de Callatay, Capitaine-Commandant, Adjoint d'Etat-Major, Professeur a l'Ecole Militaire de Bruxelles.—VIII—242 páginas (25 × 17) con 20 grabados en el texto.—Bruxelles, Albert de Boeck, editeur, 265, rue Royale, 1912.—7'50 francos.

Mucho se ha escrito sobre táctica, pero es difícil que aparezca nada tan completo, desde el punto de vista moderno, y tan bien documentado como este libro del Comandante belga Mr. de Callatay. Prescindiendo del plan que hasta hace poco caracterizaba a las obras de táctica, el autor se ha propuesto ante todo indagar los principios fundamentales que la informan, justificarlos después, y ponerlos enseguida de acuerdo con los medios de que se podrá disponer en la guerra. De aquí que si unas veces nos sorprenda con la habil y rápida exposición de determinadas ideas, otras veces las presente como consecuencia de una larga evolución de muchos siglos. Y como en estas cuestiones el único maestro infalible es la guerra, cuando ella proclama la inmutabilidad de unos principios y el acierto de otros, se ofrecen en el libro tantos y tan abundantes ejemplos y citas históricas, que bien podría ser mirado como substancioso compendio de historia militar, en la que solo se hubiese conservado la parte provechosa de la misma. En pocas páginas relativamente, encierra un cuerpo doctrinal precioso, moderno, presentado con mucha claridad y sin la aridez propia de obras didácticas, contribuyendo a la amenidad de la lectura la variedad de ejemplos y su habil combinación con los principios, y el lenguaje que campea en el libro.

Imposible es dar un resumen de las materias que comprende esta obra. Abarca todo el cuadro de la táctica general, tratado en un concepto moderno, tan distante de lo que antes se consideraba como clásico, como de esos resúmenes ligeros que tan a menudo nos ofrece la literatura extranjera.

Nuestros lectores agradecerán la recomendación que de este libro hacemos, seguros de que reportarán mucha utilidad de su lectura, porque sin ocupar mucho tiempo ni hacer esfuerzos intelectuales, tendrán a la vista las dificultades de la batalla moderna y de su preparación, y los medios de vencerlas.

